



CIUDAD OCUPADA

DAVID PEACE
ES EL FUTURO
DE LA NOVELA
NEGRA.
IAN RANKIN

DAVID PEACE

TRILOGIA TOKIO

好男子

剛柔白髪交り、鼻筋通る(高くはない)

上品で、ま和で
清潔きかゝる
インテリゲンチヤの
良勇立也

一見、書家又は書家

本圖の下方より、
金剛の力より、
一文字、
本圖の下方より、
金剛の力より、
一文字、

この図は、
し、
れないこと

ある、
教には、

ある、
ある、

した、
した、

Basada en la masacre del banco Teikoku ocurrida en 1948, *Ciudad ocupada* es la segunda novela de la «Trilogía de Tokio».

El 26 de enero de 1948, un hombre que se hace pasar por funcionario de salud pública entra en un banco en Tokio. Una vez allí, explica que su cometido es contener un brote de disentería y suministra una medicina a todos los presentes. Tres minutos después, doce de los empleados mueren, cuatro caen inconscientes y el falso doctor desaparece con el dinero.

Narrada por una superviviente que se siente doblemente culpable por haber sobrevivido al robo y la guerra; un periodista que, ansioso por tener la exclusiva, se hace pasar por médico para tener acceso a una de las víctimas y se enamora de ella, y un detective de la policía que pierde la cordura a causa del odio que siente hacia los ocupantes americanos, entre otras voces, *Ciudad ocupada* cuenta el día a día de una ciudad descomunal literalmente reducida a escombros tras los bombardeos de la segunda guerra mundial, las barbaridades de los experimentos biológicos que quedaron impunes tras el juicio en los tribunales de crímenes de guerra y recoge la simple idea de que todos los hombres somos culpables.

A mi madre.

Tokio

CIUDAD OCUPADA

Y lo que el escritor encontró en ella...

El hijo obediente y virtuoso mata a su padre.
El hombre casto sodomiza a sus vecinos.
El libidinoso se vuelve puro.
El avaro arroja su oro a puñados por la ventana.
El héroe de guerra incendia la misma ciudad
que arriesgó su vida por salvar.

«El teatro y la peste»,
ANTONIN ARTAUD, 1933

EN LA CIUDAD OCUPADA, eres escritor y estás corriendo.

En pleno invierno, cargado de papeles, en esta noche de enero, por estas calles de Tokio, estás huyendo de la escena del crimen; de la nieve y del barro, del banco y de los cadáveres; huyendo de la escena del crimen y de las palabras del libro; unas palabras que al principio te atrajeron y te hipnotizaron, luego te engañaron y te derrotaron, y por fin te han dejado atrapado y encarcelado.

Bajo un cielo que amenaza con más que la noche, con más que la nieve, ahora jadeas y resuellas, rejadeas y recontra-resuellas, jadeas y resoplas.

Porque los oyes, los oyes acercarse, paso a paso, susurrando y murmurando. Los oyes, los oyes acortar distancias, paso a paso, babeando y gruñendo, paso a paso, paso a paso.

El Desfile Nocturno de un Centenar de Demonios...

En pleno tambaleo nocturno, se te caen las gafas de la nariz. Mientras das tumbos por la nieve, se te caen los papeles de la mano. En la noche y en la nieve, buscas a tientas tus gafas y tus papeles, buscas tu visión y buscas tu trabajo. Pero el viento cargado de fantasmas ya está aquí, el aire con gafas te ha vuelto a alcanzar. Te roba los papeles y te hace trizas las gafas, convierte las hojas-sueltas en fajos-ventiscas, arma una galerna-de-trizas con las lentes-esquirlas, mientras tú te abres paso a manotazos por el viento cargado, mientras te revuelves en medio del aire lleno de fantasmas.

Pero el viento ha muerto y ya no hay aire, los fajos se desploman y las trizas caen. Agarras tus gafas, agarras tus papeles, tu manuscrito; tu manuscrito de
el libro por venir

ese libro que
no vendrá
nunca.

Este libro inacabado de un crimen no resuelto. Este libro del Invierno, este libro del Asesinato, este libro de la Plaga.

Con las hojas en blanco en las manos, con la montura vacía sobre la nariz, ahora ves delante de ti la Puerta Negra, de manera que echas a correr otra vez, por la noche de enero, soplando y jadeando, por las calles de Tokio, resoplando y resollando.

Por fin dejas de correr.

Bajo la Puerta Negra, buscas cobijo. Te pones en cuclillas en sus sombras húmedas. No hay nadie más bajo los tejados de la puerta, solo las yemas-de-la-noche, los pasos-de-la-nieve. Esta puerta que antaño era un tesoro y hoy es casi una ruina; y sin embargo, sigue aquí, tal vez ahora sea un santuario. Esta noche no hay cuervos ni zorros ni maleantes ni prostitutas. Solo la noche y la nieve, sus yemas-heladas y sus sucios-pasos. Tú jadeas, con el abrigo empapado, escupes sangre, con los papeles manchados de rojo. Respiras con dificultad y tienes el vientre hinchado, los ojos inyectados de sangre y la cara inflada.

Pero aquí, bajo esta Puerta Negra, en estas sombras húmedas, te esconderás. Aquí dentro, dentro de aquí.

Aquí te esconderás.

¡Escóndete! ¡Escóndete!

De esta ciudad, sin aliento, de esta ciudad, fuera del tiempo. Esta ciudad maldita, ciudad de disturbios y de terremotos, ciudad de asesinatos políticos y de golpes de Estado, ciudad de bombas y de fuego, ciudad de enfermedad y de hambre, ciudad de derrota y de rendición.

Esta ciudad maldita, ciudad de robos y
ciudad de violaciones y asesinatos,
de asesinatos y de plagas.

Son cosas que tú has presenciado, son cosas que tú has documentado, con esa tinta que has derramado, en esos papeles que has echado a perder. Aquí dentro, aquí dentro.

«... un juego de cuentos de fantasmas, popularizado durante el periodo Edo. A mediados del siglo XVII cobró forma entre los samuráis como forma lúdica de probar la valentía, pero a principios del siglo XIX ya se había vuelto un entretenimiento común entre la plebe. El juego empieza cuando un grupo de gente se reúne al anochecer a la pálida y azulada luz de un centenar de velas encendidas. A continuación todos se turnan para contar historias de terror sobrenatural, y al final de cada historia se apaga una vela. A medida que la velada avanza y se suceden las historias, la sala va quedando más y más a oscuras, y al apagarse la última vela se hace la oscuridad total. En ese momento se cree que en las tinieblas aparecen espectros o monstruos de verdad, conjurados por las aterradoras narraciones...»

Los manchones-de-sangre, los rastros-de-lágrimas, las cartas sin reclamar y las sentencias de muerte. Levantas la vista de tus papeles, aciertas a ver una escalera, una escalera amplia que sube a un piso superior, un piso superior alejado de la ciudad. Te apresuras a recoger tus papeles, subes corriendo los escalones, seguido escaleras arriba por yemas-de-luz, entre ecos de pasos-leves.

Un paso, dos pasos, tres pasos, cuatro pasos.

En pleno ascenso te detienes, paralizado
en la escalera, escoliado, acuclillado,
sin respirar.

En la cámara del altillo, justo debajo de la techumbre, brilla una luz sobre tu cabeza, aquí dentro de la Puerta Negra,

aquí no estás solo, aquí *en-presencia-do*...

Subes un poco más, vuelves a pararte, y ahora ves.

En la cámara superior, dentro de un círculo mágico.

Doce velas y doce sombras.

En la Ciudad Ocupada, bajo la Puerta Negra, en su cámara superior, dentro de ese círculo mágico de doce velas, ahora estás de rodillas.

De pronto, el destello de un relámpago ilumina el techo de la cámara. Miras, escuchas. Oyes el retumbar de un trueno, la lluvia que cae con fuerza sobre el tejado de la puerta. Escuchas, miras.

A la luz de las velas, ves y ahora oyes una campanilla, sacudida en medio de la habitación; oyes y ves una campanilla y una mano.

La campanilla roja y la mano blanca, el brazo blanco y la manga roja, la túnica roja y la cara blanca de una mujer.

La mujer, la médium, delante de ti.

En el centro del círculo de las velas, plantada en su desagüe circular.

Ahora una repentina tormenta le agita el pelo y la túnica, porque te acaba de encontrar de nuevo el viento cargado, el viento lleno de fantasmas,

y la médium vuelve a sacudir la campanilla, una y otra vez.

Y a la campanilla se le suma un tambor que retumba despacio,

mientras la médium se pone a danzar, a girar sobre sí misma.

Frenética, la campanilla tintinea y el viento aúlla, el tambor retumba una y otra vez, sin parar.

Los pies se mueven por la madera astillada, danza y gira, gira sobre sí misma.

Y de pronto se detiene, como una estatua, y se le cae la campanilla...

Te mira de golpe y te dice:

«*Que empiece el juego de contar historias...*».

Y se abalanza hacia ti,

en esta Ciudad Poseída.

La médium cae al suelo delante de ti, a continuación se incorpora hasta sentarse, quieta y tensa, y abre la boca pa-

ra hablar. Con voz monótona y etérea, la médium habla. Y pronuncia las palabras de los muertos.

—Es por ti que estamos aquí —susurran—. Es por ti, querido nuestro, querido escritor, es por ti...

LA PRIMERA VELA

EL TESTIMONIO
DE LAS ~~VÍCTIMAS~~ DEL LLANTO

Es por ti. La ciudad es un ataúd. Bajo la nevada. En la parte de atrás de un camión. Aparcado delante del banco. Bajo el aguanieve. Bajo la lona húmeda y pesada. Conducido por las calles. Bajo la lluvia. Al hospital. Al depósito de cadáveres. Bajo el aguanieve. A la morgue. Al templo. Bajo la nevada. Al crematorio. A la tierra y al cielo.

En nuestros doce ataúdes baratos de madera.

En estos doce ataúdes baratos de madera estamos. Pero no estamos quietos. En estos doce ataúdes baratos de madera nos agitamos. Ni a oscuras ni a la luz; nos agitamos en el color gris; porque aquí solo hay gris, aquí solo nos agitamos.

En este sitio gris,
que no es un sitio,
nos agitamos, todo el tiempo, a cada minuto.

En este sitio, que no es un sitio, que está entre dos sitios. Los sitios donde estábamos antes y los sitios donde estaremos.

Los muertos que viven,
la muerte en vida.

Entre estos dos sitios, entre estas dos ciudades:

Entre la ciudad ocupada y la Ciudad Muerta, aquí habitamos, entre la Ciudad Perpleja y la Ciudad Póstuma.

Aquí habitamos, en la tierra, con los gusanos,
en el cielo, con las moscas, ya no estamos en las casas del ser. Más allá de la pérdida, bandadas enteras de pájaros caen del cielo y nos rocían de plumas ensangrentadas y alas cortadas. *Pero aun así te oímos.* Los que ahora esta-

mos en las casas del no-ser. Más allá de la pérdida, bancos enteros de peces saltan desde el mar y nos rocían de tripas ensangrentadas y de cabezas cortadas. *Aun así te vemos.* Queremos volver a respirar, pero nunca volveremos a respirar. Más allá de la pérdida, rebaños enteros de ganado se escapan corriendo de los campos y nos pisotean con sus cadáveres ensangrentados y sus brazos y piernas cortados. *Te escuchamos.* Queremos regresar una vez más, pero nunca lo conseguiremos. Más allá de la pérdida. *Te seguimos mirando.* A través de nuestros velos.

Esos velos que ya no nos cuelgan ante los ojos, esos velos que ahora nos cuelgan detrás de los ojos, de hilos tejidos con nuestras lágrimas, de tramas tejidas con nuestras muertes, esos velos que han reemplazado a nuestros nombres, que han reemplazado a nuestras vidas.

A través de estos velos,
seguimos viendo.

Te seguimos mirando, te miramos...

Con las bocas siempre abiertas, con las bocas ya abiertas. Pero ya no hablamos, ya no podemos hablar, solo podemos articular, en silencio:

¿Te importamos? ¿Alguna vez te importamos?

Nuestras bocas siempre gritan,
ya gritan, ya grita
esa boca:

Tu apatía es nuestra enfermedad; tu apatía, una plaga...

Habitamos más allá de la pena. *Tienes la boca cerrada.* Habitamos más allá del dolor. *Tienes los ojos cerrados.* Más allá de la aflicción y de la desesperación. *Tienes los oídos cerrados, porque no nos oyes, porque no nos escuchas...*

Y estamos cansados, muy cansados, increíblemente cansados.

Pero seguimos habitando, entre estos dos lugares.

Seguimos más allá del abandono y la ruina. *Cuando te emborrachas, nos sueltas una arenga.* Esperamos más allá de la extinción. *Sobrio, no nos haces caso.* Olvidados y sin

que nadie nos atiende, enterrados o quemados, atormentados y agitados, bajo tierra y por encima del cielo, sin sueños y sin descanso. Estamos cansados, muy cansados. *Eres ciego a nuestro sufrimiento.* Estamos muy cansados, muy y muy cansados. *Eres sordo a nuestras súplicas.* Lloramos sin lágrimas, gritamos sin hacer ruido, pero seguimos esperando, y seguimos mirando.

Entre la Ciudad Ocupada y la Ciudad Muerta, entre la Ciudad Perpleja y la Ciudad Póstuma, esperamos y nos agitamos. En este sitio gris, en el que seguimos esperando, mirando y agitándonos:

¡Maldito seas por habernos arrojado a este lugar! ¡Maldito seas por retenernos aquí! Veleidoso, eso es lo que eres.

Veleidosos es lo que sois, los vivos sois veleidosos...

Mientras nosotros seguimos olvidados, olvidados y denegados.

Vidas olvidadas y muertes denegadas.

Porque nos negáis la muerte...

Nos denegáis y nos atrapáis...

En la Ciudad Perpleja, la Ciudad Póstuma, más allá de la Ciudad Ocupada, antes de la Ciudad Muerta, seguimos atrapados, atrapados en el color gris, atrapados en la ciudad. En esta ciudad que no es una ciudad, este lugar que no es ningún lugar.

Aquí nos removemos, no paramos de movernos, de ir en círculos, con nuestras cajas. *¿Has oído nuestros pasos en tu corazón?* Nuestras cenizas, colgando del cuello, nuestros huesos, en estas cajas. *¿Has sentido nuestras yemas en tu carne?* Levantamos los hombros, levantamos la cara, levantamos la vista. *¿Has venido a llevarnos de vuelta, de vuelta a la luz?* De vuelta a la luz, empezamos a arrastrar los pies. *¿De vuelta a la Ciudad Ocupada?* En la Ciudad Ocupada, vamos en círculos, alrededor de estas doce velas, nos congregamos, damos vueltas y vueltas.

De vuelta en la Ciudad Ocupada, volvemos a ser las víctimas.

Aquí nunca somos los testigos. A cada minuto somos las víctimas.

Y por eso lloramos. A cada minuto estamos llorando.

Aquí, los que una vez estuvimos vivos.

Ahora lloramos todo el tiempo, aquí.

Aquí y esta noche, llorando.

En la Ciudad Ocupada, donde los que lloran buscan a los vivos. Pero los vivos no están aquí, no están aquí esta noche, ante estas velas.

Aquí, esta noche, están solo los que lloran.

Aquí, esta noche, estamos solo nosotros:

Esta noche volvemos a estar aquí Sutejiro Takeuchi, Yoshiyasu Watanabe, Hidehiko Nishimura, Shoichi Shirai, Miyako Akiyama, Hideko Uchida, Yoshio Sawada, Teruko Kato, Tatsuo Takizawa, Ryu Takizawa, Takako Takizawa y Yoshihiro Takizawa.

Pero seguimos llorando. A cada minuto lloramos,

a cada minuto rompemos a llorar otra vez en la Ciudad Ocupada:

En la Ciudad Ocupada vuelve a ser 26 de enero de 1948.

Aquí es 26 de enero de 1948 a cada minuto.

Esa fecha es nuestra herida a cada minuto.

Nuestra herida que no se curará nunca.

Aquí, aquí, donde a cada minuto vuelve a ser esa fecha y esa hora, a cada minuto vuelve a ser la última vez:

Por última vez. Por la mañana nos despertamos en nuestras camas. *En nuestras camas que ya no son nuestras camas.* Por última vez. Nos vestimos en nuestras casas. *En nuestras casas que ya no son nuestras casas, con nuestra ropa que ya no es nuestra ropa.* Por última vez. Comemos arroz blanco. *Ahora solo comemos arroz negro, el arroz negro que nos vacía el estómago.* Por última vez. Bebemos

agua limpia. *Aquí solo bebemos el agua oscura, el agua oscura que nos vacía la boca.* Por última vez. En nuestros *genkan* les decimos adiós a nuestros padres y madres, a nuestros hermanos y hermanas, a nuestras mujeres e hijos, a nuestros maridos e hijas. *A esos padres y madres, a esos hermanos y hermanas, a esas mujeres e hijos, a esos maridos e hijas que ya no son nuestros padres y madres, ya no son nuestros hermanos y hermanas, ya no son nuestras mujeres e hijos y ya no son nuestros maridos e hijas.* Por última vez. Bajo la nevada, nos vamos a trabajar. *A nuestro trabajo que ya no es nuestro trabajo.* Por última vez. Entre las multitudes, cogemos nuestros trenes y nuestros autobuses. *Esos trenes y autobuses que ya no son nuestros trenes y autobuses...*

Por última vez. A través de la Ciudad Ocupada, vamos arrastrando los pies.

Salimos arrastrando los pies de la estación de Shiinamachi. Bajo el aguanieve. Por última vez. Nos alejamos por la calle, arrastrando los pies. Por el barro. Por última vez. Hasta el Banco Teikoku. *El Banco Teikoku que ya no es un banco...*

Por última vez. Abrimos la puerta corredera. *Esa puerta que ya no es una puerta.* Por última vez. Nos sacamos los zapatos. *¿Dónde están ahora nuestros zapatos?* Por última vez. Nos ponemos las pantuflas. *¿Dónde están nuestras pantuflas?* Por última vez. Nos sentamos a nuestras mesas. *Esas mesas que ya no son nuestras, que ya no son nuestras mesas...*

Por última vez.

Entre los papeles y entre los libros de contabilidad, esperamos a que abra el banco. Por última vez, en este último día, el 26 de enero de 1948.

Vemos que las manecillas del reloj marcan las nueve y media. Por última vez. El banco abre y empieza la jornada. Por última vez. Atendemos a los clientes. Por última vez. Escribimos en los libros de contabilidad.